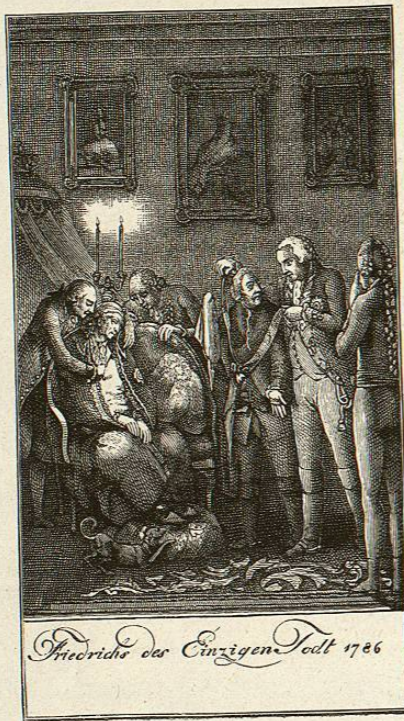


al director y organizador principal de este ramo, Launay, lo hizo administrar directamente como dependencia del Estado, renunciando solamente á los dos monopolios del tabaco y del café. Este hecho demuestra el ningun fundamento que tuvieron las acusaciones dirigidas posteriormente contra Launay, que fué víctima expiatoria de la ira que hacía el fin del reinado de Federico el Grande se había acumulado en el pueblo y en las regiones oficiales contra su gobierno durísimo. El francés Launay, por no decir el difunto rey, tuvo que responder «de la manera horrorosa é inaudita con que, según decía Mirabeau, durante 20 años se había arruinado al Estado y al pueblo, y ahogado el trabajo y la industria.» Para juzgar esta acusación con imparcialidad basta el hecho de que el gobierno siguiente, de carácter tan diferente del de Federico el Grande, conservó el sistema tributario de este,



Muerte de Federico el Grande

el cual queda por lo demás bien justificado con las sumas aplicadas anualmente al fomento del país, cuyos datos nos conservó el ministro Hertzberg.

La vida de Federico II se fué acercando á su término. En la primavera del año 1786 recibió todavía el héroe de una época que también llegaba á su fin, la visita de un francés, del cual entonces nadie sospechó el gran papel que le estaba destinado en el comienzo de la época moderna. Era el joven conde de Mirabeau, el cual refiere en sus Memorias esta visita hecha en Potsdam en 19 de abril del citado año en los términos siguientes: «Estuve con el rey una hora menos algunos minutos; estaba sentado en un sillón, cansado de un paseo matutino en coche, que acababa de dar tan á galope que había inutilizado dos caballos del tronco.

»Es imposible imaginarse una inteligencia más fresca y una conversación de mayor atractivo; pero no me podía deleitar, porque la extraordinaria dificultad con que el rey respiraba me angustiaba más que á él. Es un espectáculo conmovedor ver padecer á un grande hombre. El carácter de su mal era tan grave y mi conmoción tan grande, que temí provocar explicaciones y evité con terror casi supersticioso todo lo que pudiera prolongar una conversación que en cualquier otro tiempo me hubiera causado una satisfacción vivísima. Usted

comprenderá este sentimiento y poco me importa si otros no lo comprenden. En suma, este hombre extraordinario gobernará hasta su último aliento, y el sol prolongará su vida lo posible. Esta noche salgo de aquí, y después de haber visto muchos jardines, mucho dorado, algunos cuadros y antigüedades bellas y algunos cortesanos, nada me ha conmovido tanto en esta larga revista como este hombre tan superior á la categoría en que le ha colocado la Providencia después de haberle creado expresamente para que llene su puesto.» De la conversación que tuvieron estos dos personajes nos ha conservado Mirabeau un solo particular. Preguntó al rey: «¿Por qué el César de los germanos no ha sido también su Augusto? ¿Por qué no se ha dignado Federico el Grande tomar parte en la gloria de la transformación literaria verificada en su tiempo, para apresurarla y vivificarla con el fuego de su genio y de su poder?» A esto le contestó el rey: «Pero ¿qué podría yo haber hecho en favor de los escritores alemanes que hubiera igualado al servicio que les he prestado no leyendo sus libros y no cuidándome de ellos para nada?»

Nadie habría dicho en la infancia de Federico que alcanzaría la edad de 74 años sin una sola enfermedad larga; porque sin ser débil de cuerpo no había sido jamás lo que se llama un hombre robusto, y los excesos á que se entregó á los 15 años habían atacado su constitución física de tal manera que muchos le pronosticaron una muerte temprana antes que muriera su padre. A la edad de 28 años le hicieron padecer mucho ataques frecuentes de gota que aplacaba con grandes dosis de quinina; hasta que la formidable tensión de todas sus facultades intelectuales á que le obligó la guerra general de los 7 años pareció dar á su genio la fuerza necesaria para dominar su debilidad física. Por lo menos jamás, ni antes ni después, estuvo tan sano y robusto como en los siete veranos desde la edad de 44 hasta 51 años, pudiendo sostener los esfuerzos y conmociones intelectuales más increíbles, lo mismo que las privaciones materiales de comida, de sueño y de toda comodidad, resistiendo la intemperie de noche y de día como si fuera jugando. Mientras en los inviernos le atormentaban la gota y otros males, la privación de toda comodidad doméstica, el torbellino de luchas, peligros y excitaciones de toda clase le devolvieron la salud, la robustez y la actividad en los veranos. En la prolongada paz que siguió y que solo fué interrumpida por la guerra en Bohemia que fué dirigida de una manera verdaderamente senil, le sobrevinieron muchísimos males que él mismo se procuró con su pasión indomable por comer mucho y bien, pasión contra la cual nada pudieron ni el arte de los médicos ni la tardía reglamentación de sus ocupaciones. En setiembre de 1785 tuvo un ataque apoplético seguido de otro de gota violenta en los pies. A estos siguió en febrero del año siguiente una hidropesía de pecho y de vientre, acompañada de un decaimiento espantoso de fuerzas, en cuyo estado le encontró Mirabeau que á pesar de todo salió de la visita persuadido de que el rey moriría trabajando, y acertó; porque así nos lo confirma el ministro Hertzberg que con los condes Schwerin, Görtz, Lucchesini y Pinto, estuvieron desde 9 de julio hasta el 17 de agosto diariamente varias horas en su compañía. Ya se había apoderado tanto de él la hidropesía que no podía dormir en cama, ni levantarse solo del sillón, en el cual hubo de pasar precisamente los días y las noches.

Aunque su exterior anunciaba crueles dolores, no dió jamás la menor señal ni siquiera de incomodidad. Sin mencionar su estado ni aludir á su muerte próxima, hablaba con las personas que le rodeaban con rostro sereno, contento y tranquilo de negocios, literatura, historia antigua y moderna, y muy particularmente de agricultura y jardinería que le

ocupaban sin cesar; ni varió la disposición ni la distribución de su tiempo. Después de haber leído por la noche y la madrugada los despachos de sus embajadores, y las relaciones de sus generales y ministros, hacía entrar uno tras otro á las cuatro ó á las cinco de la madrugada según los negocios que había de evacuar, á sus tres secretarios de gabinete, dictando al uno sus instrucciones para los embajadores, que ponía después en limpio el ministro Hertzberg, y á los dos otros secretarios sus órdenes para los generales y ministros, así como las contestaciones á las innumerables peticiones, quejas y comunicaciones de particulares; y todo esto tan detalladamente y tan bien meditado, especialmente los despachos principales, que los secretarios que los habían de poner en limpio, los podían copiar literalmente, añadiendo solo los títulos, frases convencionales y fechas. Despachado todo esto, á las siete u ocho de la mañana hacía entrar en su gabinete al comandante de Potsdam, el teniente general Rohdich, y luego á sus ayudantes para darles órdenes verbales. Solo después de haber cumplido con su oficio de rey llamaba al cirujano y alguna que otra vez también al médico para disponer lo necesario á su estado físico. Hacia las once recibía al ministro y los condes arriba citados, con los cuales conversaba hasta las doce en punto, hora en que comía á solas. Por la tarde firmaba todos los despachos, órdenes y cartas que habían de estar puestas en limpio entonces; y á las cinco hacía entrar otra vez á los tertulianos mencionados, con los cuales se entretenía hasta las ocho, en cuya hora cenaba puntualmente. Después se hacía leer por su lector trozos de algunos clásicos antiguos como Cicerón, Plutarco, etc.; luego leía los despachos que habían llegado y dormía en cuanto se lo permitía su estado. Así siguió trabajando con regularidad inmutable hasta el 15 de agosto, en cuyo día dictó todavía despachos cuya redacción magistral haría honor al ministro más experimentado. Al día siguiente cesó de trabajar, porque había perdido el sentido, y por la noche murió sin agonía en presencia del conde de Hertzberg y del médico Selle, fiel hasta el último momento á su bello principio: «Mi oficio impone trabajo y actividad; mi cuerpo y mi espíritu han de someterse á sus deberes. Mi vida no es necesaria, pero mi trabajo sí, y con él me he encontrado siempre bien.»

Federico el Grande había depositado su testamento en manos del duque Carlos de Brunswick, que lo mandó al nuevo rey de Prusia por su ministro Hardenberg, en cuya presencia y la de los príncipes reales de Prusia Enrique y Fernando, y de algunos ministros, fué abierto el documento, que llevaba la fecha del 8 de enero de 1769, y del cual citaremos solo el principio y el final que dicen así: «Nuestra vida es un tránsito fugaz desde el momento de nacer hasta el de la muerte. Durante este cortísimo tiempo el hombre está destinado á trabajar por el bien de la comunidad á la cual pertenece. Tan pronto como me encargué de la dirección de los negocios he empleado todas las fuerzas que la naturaleza me ha concedido para hacer hasta donde alcanzaba mi inteligencia imperfecta, feliz y floreciente este Estado que he tenido el honor de gobernar. He entronizado la ley y la justicia; he introducido el orden y la claridad en la hacienda y he mantenido en el ejército una disciplina que le hace superior á todos los de Europa.

»Después de haber cumplido este deber para con el Estado, no me perdonaría nunca haber descuidado los asuntos de mi familia; y para evitar las disensiones á que podría dar lugar entre mis parientes el reparto de mi herencia, declaro por el presente acto solemne mi última voluntad. Restituyo de buen grado y sin pena el hábito vital que me anima á la bondadosa naturaleza que se ha dignado prestármelo; y devuelvo mi cuerpo á los elementos que le componen. He vi-

vido como filósofo y como filósofo quiero ser sepultado, sin ostentación, sin magnificencia, sin pompa; no quiero que me abran ni que me embalsamen; que me entierren en Sanssouci en lo alto de los terraplenes del parque en un sepulcro que me he hecho construir....

»Recomiendo á mi sucesor que honre su sangre en sus tios, tías y todos los demás parientes. El acaso que rige los destinos de los hombres, determina también la primogenitura; pero aunque toque á uno ser rey, no por esto vale más que los demás. Recomendando á todos mis parientes que vivan en buena armonía, y sacrifiquen, si es preciso, sus intereses personales al bien de la patria y al fomento del Estado. Cuando muera, dedicaré mis últimos deseos á la felicidad de esta monarquía. Que se vea gobernada en todo tiempo con justicia, sabiduría y vigor; que sea el Estado más feliz por la benignidad de sus leyes; que sea más que ningun otro administrado con justicia en su hacienda; que sea el Estado defendido con más valor por un ejército que solo respira honor y gloria; que viva floreciente hasta la consumación de los siglos.»

Estas fueron las últimas expresiones que Federico el Grande dirigió á su familia y á su monarquía. Fresca todavía la tumba del gran rey, un extranjero dirigió una alocución solemne al pueblo alemán, al final de la obra que publicó en 1788. Fué Mirabeau y en su obra que lleva el título: *La monarquía prusiana bajo el reinado de Federico el Grande*, dice:

«Ciudadanos de Alemania, cualquiera que sea la categoría y clase á que pertenezcais, escuchad á un extranjero que os respeta, porque sois una nación grande, sabia é ilustrada, igualmente distante por vuestro carácter, como felizmente incapaz por vuestra organización, de subyugar la Europa ni siquiera de oprimirla. Considerad el estandarte de la casa de Brandeburgo como el paladion de vuestra libertad; agrupaos alrededor de su poder, apoyadlo y fomentad su crecimiento natural; alegraos de sus progresos; impedid en cuanto podais que caiga en errores, porque le han de ser mortales, pues que su base más sólida es una dirección hábil.

»Como admirador de un gran rey, al cual la casa de Brandeburgo, más que á ningun otro de sus soberanos, debe su poder, me interesaría yo vivamente por este edificio realmente bello, bien que demasiado frágil, aunque no fuese por otra cosa que por ser obra de este hombre extraordinario. Pero hay más que esto: la dicha de la Alemania depende de la conservación de este edificio, y á no ser así, no os exhortaría, como os exhorto á vosotros, á mi país, y á toda la Europa, á sostener la monarquía prusiana, y á dar tiempo á que la bondad y la prudencia la consoliden y ensanchen sus cimientos. Para indicar los medios más eficaces á este fin se ha escrito la presente obra; y estos medios son simplemente la paz y la libertad. Libertad civil para todos los súbditos; libertad de industria; libertad de comercio; libertad religiosa; libertad del pensamiento; libertad de la prensa; libertad de las cosas y de los hombres.... En esto estriba todo el secreto de gobernar; en esto yace como en un germen fructífero la prosperidad de las monarquías. La monarquía prusiana tiene, sin embargo, condiciones más que ninguna otra, para cosechar tan opimos frutos; porque en ella todo está maduro para una gran evolución; ni ningun obstáculo invencible la impide....

»¡Que el genio protector de la Europa vele sobre su destino; que la preserve de sus propios extravíos; que la ampare de los peligros que la amenazan; que la conduzca á la cumbre de la grandeza y del poder, que solo puede alcanzar por la sabiduría y la justicia!»

EPILOGO

En las instrucciones que Federico el Grande dió á un profesor de historia se encuentra la observacion siguiente: «Os detendreis mas en los sucesos que han tenido trascendencia que en los que, por decirlo así, han pasado sin dejar consecuencias de ninguna especie.» Esta regla me ha guiado en la redaccion de mi obra. Separando rigurosamente lo que no tiene importancia, y dando un lugar accesorio ó subordinado á lo que tiene poca, he ganado espacio para presentar entre el riquísimo y variado material que he tenido á la vista todo lo importante con una minuciosidad que por lo general solo se busca en obras especiales sin encontrarlo á menudo.

Por el estudio de los autos y de las declaraciones de los testigos establece el juez los hechos que forman un caso penal ó de derecho. Exactamente de la misma manera procede el historiador, con la diferencia de que investigando una época pasada, se ha de contentar con los datos que le facilitan los documentos oficiales y los escritos de los autores y testigos de los sucesos. Federico el Grande se hizo historiador de su propia época para que no la describiera despues «algún benedictino del siglo xix» que nada podia entender de ella; tan difícil le pareció poder formar una imágen siquiera algo semejante, de sucesos que no se habian presenciado. Cuanto mas convencido se halle el historiador de los límites inevitables que tiene toda la ciencia histórica, mas se sentirá impulsado á valerse siempre que pueda de los testigos mas inmediatos que encuentre, y á presentar á los lectores de la posteridad sus escritos y documentos. Las ventajas de este método son tan grandes que podrian escribirse muchas obras solo para probarlas. Entre los inconvenientes que evita nos limitaremos á citar aquí solo uno:

Hace veinte años que Julian Schmidt acertó el punto vulnerable del sistema de Gervinus, usado para escribir la historia de la literatura, cuando exclamó: «La presuncion de poder juzgar fué superior al deseo de instruirse... Si esto continúa se formará una atmósfera de juicios hechos que ocultará las cosas en lugar de hacerlas patentes.» Una cosa enteramente análoga observamos en el terreno de la histo-

ria, especialmente de los tiempos modernos; y contra esto no hay otro remedio para el historiador mas que abstenerse de todo juicio, siempre que el material no le autoriza para formarlo, con lo cual procederá mejor que adoptando y propagando un juicio ya formado; y si se encuentra con datos para formar un juicio propio, despues de un exámen concienzudo, debe darlo al lector acompañado de los documentos en que se funda. Es indispensable en todo citar con exactitud las fuentes de donde se han sacado los datos, porque el público que hoy lee obras históricas serias, las pide, no solamente para juzgar de la exactitud del autor, que no tiene derecho á eludir ni dificultar este exámen, sino mucho mas para saber dónde puede encontrar materiales para estudios propios. Este último impulso es tan vivo, que desde la publicacion de la primera parte de nuestra obra son infinitas las cartas que hemos recibido y recibimos de inteligentes aficionados á los estudios históricos de todas las clases de la sociedad y especialmente de la clase de los profesores de historia de las escuelas superiores.

Mi libro forma parte de la seccion tercera de la «Historia Universal por descripciones parciales.» Por esta razon me he visto obligado á elegir el material teniendo presentes las otras obras de la misma seccion, como la de *Erdmannsdörffer* (Historia de Alemania desde la paz de Westfalia hasta el reinado de Federico el Grande); de *A. Wolf* (Austria en los reinados de María Teresa, José II y Leopoldo II); y *Brückner* (Pedro el Grande y Catalina II). Digo esto para que el lector lo tenga presente al juzgar mi obra.

Escribo esto el dia del cumpleaños de mi anciana madre; á ella dedico este libro, la primera obra histórica grande que publico despues de haber pasado veinte años escribiendo exclusivamente monografias. No puedo expresar con palabras cuanto le debo, y solo diré, porque aquí es el verdadero lugar para ello, que desde mi primera infancia mi madre ha sido para mí el simbolo y la imágen, cuyos rasgos jamás se borrarán de mi memoria, la imágen del heroísmo del trabajo, del deber y de los sacrificios.

Giessen, 26 de mayo de 1883.

GUILLERMO ONCKEN

EL AUSTRIA

DURANTE LOS REINADOS DE

MARIA TERESA, JOSÉ II Y LEOPOLDO II

(1740-1792)

POR EL DR. ADAM WOLF

MIEMBRO DEL CONSEJO DEL GOBIERNO, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE GRAZ É INDIVIDUO DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE VIENA

INTRODUCCION

EL AUSTRIA DESDE 1650 Á 1740

Los últimos Habsburgos.—El Austria bajo el reinado de Carlos VI.—La constitucion provincial.—Poblacion agrícola y urbana.—Decadencia del gobierno.—La Pragmática sancion.—Casamiento de María Teresa con Francisco Estéban de Lorena

El Estado de Austria, ó de Austria-Hungría, como ahora se le denomina, es de creacion moderna: en la Edad media, el Austria alemana, la Hungría y la Bohemia eran Estados completamente separados y distintos por el espíritu de sus respectivos pueblos, por el idioma, por la cultura y por la política. A mediados del siglo xiii, estas diversas naciones comenzaron á hacer algunas tentativas para reunir en uno solo los diferentes territorios y formar un grande y poderoso Estado. Al Habsburgo Fernando I estaba reservado realizar la idea que su abuelo, Rodulfo de Habsburgo, habia concebido, que el poderoso Ottokar II de Bohemia habia intentado llevar á cabo, y que con grandes cuidados y trabajos habian preparado Federico III y Maximiliano I; á saber: la anexion de Bohemia y Hungría al Austria alemana. Desde el año 1526, el Austria se separó de la Alemania formando un Estado europeo independiente, cuya vida no se rigió ya únicamente por la política y civilizacion alemanas, sino por la comunidad de intereses de razas alemanas, eslavas y magyares, y sobre todo por la idea dinástica, con su derecho, su poder y su importancia europea. Esta nueva Austria de los siglos xvi y xvii, no poseia, sin embargo, grandes territorios: sus fronteras eran al Nor.e, el curso medio del Oder, y, al Sur, el mar. En el centro, el territorio era tan angosto que solo un camino conducia desde la Carintia al Tiro; y el territorio turco no distaba mas que una jornada de las fronteras estirias. Viena era una plaza fuerte fronteriza y la mejor parte de Hungría formaba un bajalato turco. Cuando, despues de la guerra de 1683 á 1718, fueron conquistadas la Hungría y la Transilvania, el poder de Austria tomó segura consistencia. Durante el transcurso del siglo xviii, su forma territorial experimentó todavia algunas modificaciones. Su poderío descansó siempre en las comarcas hereditarias alemanas, bohemias y húngaras; pero la casa de Austria heredó de España los Países Bajos, la Lombardía y Parma; y extinguida la dinastía de los Médicis, adquirió tambien la Toscana. Esta situacion geográfica, efecto de los antiguos y constantes esfuerzos de los Habs-

EL AUSTRIA

burgos, tuvo por resultado á su vez una constante oposicion á la política francesa, el predominio de Austria en Alemania é Italia, su influencia en el Oriente y Norte eslavos, y por tanto su participacion en todas las grandes cuestiones de la política europea. Su composicion nacional contribuyó asimismo á ponerla en relacion con la vida de los grandes pueblos de Europa. El Austria no era un Estado nacional y sus príncipes no representaron nunca una política nacional, sino un gran movimiento popular: las luchas religiosas en la Edad media, la Reforma, la civilizacion germánica y romana y la reaccion que experimentaron los eslavos, dejaron impresas sus huellas en el Austria. Esta aparecía como el centro de los intereses europeos: en contacto con todos los desenvolvimientos de la cultura, nunca pudo excusarse de tomar parte en ellos; y sus modificaciones y luchas intestinas no solamente influyeron en sus vecinos, sino que, extendiendo su esfera de accion, llegaron hasta influir en la gran vida pública de Europa. Austria era considerada como la primera potencia germánica; nunca se habia declarado de derecho público la separacion entre el Austria y la Alemania; al reino austriaco pertenecian aun los territorios hereditarios alemanes y bohemios; el trono del Imperio alemán estaba vinculado en la casa de Austria; y sus mensajeros acudian á las elecciones y á las Dietas. Los Habsburgos vigilaban con ambicion y perseverancia las relaciones de su Estado con la federacion germánica y Alemania veia en el Austria la potencia «que podia conservar el equilibrio europeo y defender la prosperidad de la patria alemana.» A pesar de esto, el Austria, desde la paz de Westfalia, se habia ido cada dia mas desenvolviendo fuera de las condiciones inmediatas de la existencia germánica. La soberanía por ella ejercida en el Oriente eslavo y magyar, el derecho de familia que reivindicó su dinastía; el Imperio y la situacion que adquirió como primera potencia religiosa, daban al Estado austriaco una importancia europea. Sus intereses particulares no tenian ya los mismos objetos políticos que los de los territorios alemanes y, por el contrario, los